

## PRÓLOGO

# Cultura y revolución

### El proyecto Unión de Escritores del País Valenciano

**H**ablar del mundo es proponer un mundo. De forma indisoluble. Toda opinión, toda mirada selecciona unos rasgos y no otros, señala un paisaje determinado y, consciente o inconscientemente, sus límites. Quiere esto decir que no parece posible una mirada *total global*, que lo viera todo, aunque solo sea porque, para ello, esta debería, paradójicamente, localizarse en un *fuera-de-lugar*, una nada que con dificultad podría ser tal desde el momento en que algo tan complejo como una mirada o un lenguaje se proyecta desde ella. En este sentido, no puede haber un solo mundo sino tantos como sujetos —individuales o colectivos— miren y hablen. Hablar del mundo es pronunciar un mundo entre otros. Fragmentos.

Sin embargo, del reconocimiento del fantasma que nombra lo absoluto no tiene por qué derivarse solo la renuncia a la búsqueda del consenso interpersonal y la inercia ante lo que hay sino, más vivamente y sobre todo, una doble posibilidad de hecho: el diálogo, más o menos conflictivo entre visiones diferentes, por un lado, y/o la contradicción exclusivista, paralizante, por otro.

La selección se hace en todo caso de acuerdo a las capacidades e intereses del que habla. Considerar que todo mundo depende del lugar —del *mundo*— desde donde una mirada lo mira e interpreta, implica abandonar el paraíso aséptico de la opinión neutra, presuntamente objetiva. Ciego y opaco, el objeto, aun si aceptáramos su existencia al margen del sujeto que lo construye, desde luego no mira, ni habla. No hay mundo(s) sin

valores y condicionantes concretos que lo(s) articulen. Hablar del mundo, además de reflejar pasivamente, es también proponer, proyectar uno posible. En el incesante renovarse de este espacio toma cuerpo la esperanza.

De aquí la importancia crucial del discurso como mediador compartido entre sujetos y entre estos y el mundo para todo conocimiento y toda acción. Una concepción amplia de la *escritura como producción de discurso* posibilita el asumir las responsabilidades comunicativas, cognitivas, ideológicas y políticas que este trabajo implica en cada sociedad. En efecto, no resulta imaginable comunidad alguna sin ese conjunto material y abierto de prácticas y realizaciones simbólicas que llamamos *cultura* y que, así, continuamente depende de/influye en la organización social, económica y política, de dicha comunidad.

En principio, desde el lugar *Unión de Escritores del País Valenciano* el panorama de nuestro entorno cultural y social no puede dejar de ser problemático, cuando no decididamente desalentador. En el orden internacional, la hegemonía del capitalismo imperialista no solo está contribuyendo a la miseria y muerte de sectores cada vez más terriblemente amplios de la población y a la destrucción irreversible del medio ambiente, sino que ha promulgado —bajo el espejismo del *estado de bienestar* y la defensa a ultranza, fundamentalista, del confort privado— la difusión masiva de la corrupción política y un individualismo sin reparos. Este marco ideológico ha encontrado su más propicio aliado en una supuesta *postmodernidad* cuyas principales proclamas vienen a ser la amnesia histórica —la propia noción de *historia* parece haber perdido relevancia—, el rechazo de todo criterio ético o moral y el más impasible y frívolo de los pragmatismos. Las descaradas invasiones militares han aprendido a sublimarse —que no a desaparecer— en forma de colonización informativa y cultural, de manera que el invadido puede ahora serlo *libremente*, por propia opción, mediante un cotidiano gesto de entretenido *zapping*.

No vamos a abundar en la descripción de una serie de factores que tan a la vista tenemos todos y de los que todos venimos participando en mayor o menor medida. La España de los

noventa, sumida en el ensueño de un *européismo* que no logra ocultarse como euroesclerosis y euroxenofobia, mecida por el rictus falsamente condescendiente de los discursos progresistas de la socialdemocracia —o sea, del crudo neoliberalismo—, se afana en vistosos palos de ciego mientras un tercio de la población no llega ni siquiera al sueldo mínimo. Se ha hablado ya de *reflujo postdemocrático* y de *resaca de la transición* para intentar calificar un proceso por el que, en los últimos años, según aclara un reciente estudio:

La práctica de actividades culturales extradomésticas continúa decreciendo, como para reafirmar el retorno a la privacidad; y los índices de tiempo destinado a leer libros, periódicos vuelven a descender sustancialmente. Y lo que parece más grave: este cierto retorno a niveles culturales premodernos es protagonizado sobre todo por el grupo de edad que ejerce cuantitativa y cualitativamente el liderazgo cultural, como es la juventud —especialmente masculina—, que intensifica su dependencia audiovisual y, pese a estar mucho más esclerotizada que cinco años antes, reduce su frecuencia lectora de forma clara e inequívoca.

55

Siguiendo otros modelos democráticos de la Europa contemporánea, el papel de las instituciones públicas se ha desviado del fomento de condiciones propicias para la emergencia plural de culturas de base hacia el dirigismo sutil pero ciertamente eficaz ante el cual es posible afirmar con razón, como ha hecho incluso Jean-François Revel, que

un país donde existe un ministro de Cultura no es un país democrático, porque la creación intelectual y estética no se hace en las oficinas de un ministerio, o distribuyendo dinero a sus amigos, escritores o artistas, a través de subvenciones. Hay, efectivamente, una tendencia en España y Francia —y no lo digo solo contra los socialistas— a utilizar la cultura como un instrumento de propaganda para el Estado. Para

que el estado diga: vean ustedes cuánto ayudamos a los artistas, etc. Se pone la cultura al servicio del Estado, y no el estado al servicio de la cultura. Esta es una manera totalitaria de proceder con la cultura.

El gobierno autónomo de Valencia, por ejemplo, ha dado y sigue dando evidentes muestras de esta tendencia monopolista. Cualquiera asiduo seguidor de la prensa en esta ciudad, no puesto en precedentes, deducirá de las noticias más frecuentes que la cultura en Valencia equivale llanamente a la gestión del IVAECM (Instituto Valenciano de Artes Escénicas, Cine y Música) o del Palau de la Música. Presupuesta la inexacta equivalencia entre interés del gobierno e interés general, para la administración, el interés de los diversos proyectos culturales que —por falta de recursos propios— le son presentados, se mide por su grado de confluencia específica con su programa de actividades, de tal modo que no solo son acallados los probables focos de disonancia sino que, de cada acción cultural concreta, los sectores de población interesados únicamente pueden salir beneficiados a condición de que las premisas operativas de la clase política se vean, al tiempo, sólidamente reforzadas.

56

El clima asfixiante que para las propuestas alternativas se deriva de esto se halla a menudo agudizado por la presencia de plataformas privadas supeditadas a las exigencias del mercado cultural, así como por la extensión de un desierto editorial —principalmente para la producción de escritura en castellano— como seguramente no se conocía por estas inmediaciones desde hace decenios. Ante la situación de cooficialidad de dos lenguas, castellano y catalán, quizá lo más repudiable sea la recurrida utilización de una y otra como tapadera de intereses particulares que solo llevan al empobrecimiento crítico respecto a las estructuras impuestas por el sistema social establecido.

Visto en conjunto, pensamos que el estado actual de la cultura en este país exige una toma de postura que asuma su carácter crítico y transformador desde la radicalidad. Estamos con el grupo de personas que, a principios de 1993, declararon en acto

público celebrado en esta ciudad con ocasión de unas jornadas sobre la literatura en la España de los 90:

Asumimos posiciones ideológicas explícitamente radicales en tanto procuramos que nos importe tanto el decir como el hacer, sin perder de vista que decir es también hacer y que, por tanto, nuestras escrituras se quieren asimismo y sobre todo acción. Dicho proyecto es igualmente global, vertebrado y quiere empapar toda una praxis de vida, y no solo en lo que particularmente sería una declaración de acto de salón o de congreso. La transformación a la que apuntamos no afecta tanto a la de ciertas estructuras —que también— como a la de los presupuestos que las generan, esto es, y desgraciadamente, entre otros, el individualismo, el utilitarismo de la razón instrumental, el estatuto de la democracia formal, la dinámica expositiva de una cultura insolidaria-mente euro-peísta, la marginación de importantes sectores de la población como garantía de seguridad para la propia estructura que margina, las raíces paralizantes del discurso progresista y socialdemócrata, etc. (Ángeles et alii, 1994: 115-116).

57

A este respecto, para delimitar de entrada nuestra argumentación, consideramos que, como escritores, nuestro compromiso con la sociedad de que formamos parte puede plantearse desde tres niveles de propuesta:

- a) Como ciudadanos que viven, trabajan y se comunican en contextos cotidianos concretos.
- b) Como productores de discurso que buscan en el terreno de la escritura personal orientar su práctica discursiva hacia una relación dialéctica, no tranquilizadora, con los discursos legitimadores de la *realidad* establecida. Entendemos que la escritura es el lugar del desconcierto y que este *descontrol* está preñado de potencialidades políticas.
- c) Como portadores de un saber que puede ser puesto al servicio de prácticas colectivas (asociacionismo como acción crítica de grupo, dinámicas de taller literario...).

Tales opciones no solo no son excluyentes entre sí, sino que se complementan en cuanto todas resultan necesarias. A nuestro modo de ver, solamente así el compromiso puede dejar de ser abstracto e idealista (con el hombre, con la fantasía...) para empezar a hacerse concreto, encarnado en sujetos y acciones concretas; y tal vez en esto radique su más importante valor subversivo.

Matizando el contenido del tercer punto comentado a propósito del concepto de *asociacionismo como acción crítica de grupo*, los argumentos definidores del proyecto Unión de Escritores del País Valenciano, desde la renovación de su coordinadora en el año 1991, podrían exponerse como sigue:

- 1 Frente al individualismo y al asociacionismo como plataforma para la defensa y/o el lanzamiento de individualidades, concebimos el asociacionismo como acción de grupo.
- 2 Frente a la hegemónica configuración de élites, manejamos un modelo de acción en tanto apertura a la acción de otros grupos o movimientos sociales.
- 3 Frente a las estrategias de acción conservadoras, nos proponemos una línea de acción crítica que busca colaborar preferentemente con aquellos individuos y grupos ubicados en los márgenes de los centros institucionales de poder (zonas de pobreza, minorías étnicas, perseguidos políticos...). Nuestro punto de partida vendría a ser, pues, una política doble: de un lado, encaminada a articular los puntos de descontento social que, si bien obviamente existen, se encuentran considerablemente disgregados, y, de otro, a conjugar esta acción social conectada con una acción reivindicativa y de debate en el seno de las instituciones, con el objetivo de impulsar una *corriente de tensión reconstructiva* —es decir, destructiva/constructiva— que, como tal, nos excede.

Para ilustrar esto nos es forzoso remitirnos a la realización del volumen colectivo *Textos per la Insubmissió* (1992) que la UEPV coordinó con el soporte editor del Moviment d'Objecció de Consciència del País Valencià, desde la misma actitud con

que, ya en 1995, editamos dos volúmenes que aborden siempre en prisma, de forma múltiple: uno, la cuestión de la inmigración y el racismo en nuestra realidad sociocultural contemporánea más inmediata (*La mirada urgente: Textos contra el racismo*, en colaboración con Valencia Acoge [1995]), otro, las actividades más recientes del Taller Literario que han sacado adelante las Madres de Plaza de Mayo, en Buenos Aires (*El lugar del reencuentro* [1995]). La dinámica de talleres literarios comenzamos, por nuestra parte, a desarrollarla en barrios y zonas urbanas socialmente desfavorecidas. Igualmente, propusimos este debate en torno a propuestas culturales para las jornadas de discusión y colaboración entre asociaciones que nos convocaron en la sede del Club Diario Levante (1993), así como abordamos la discusión y autocrítica en torno a la relación entre ideología, escritura y subversión en el ciclo de actos públicos *Poesía y Conflicto* (1994). Por este camino concreto nos articulamos con la labor crítica del colectivo Alicia Bajo Cero.

Somos conscientes de que dicho proyecto general subraya su carácter de denuncia de los límites y limitaciones de lo ya instituido, de que este proceso, en cuanto busca transformar su entorno, ha de transformarnos también a nosotros mismos, aunque todo balance futuro de éxitos y fracasos deberá evaluarse en cualquier caso partiendo de los posibles cambios producidos fuera, más allá de nuestra organización.

Para el asociacionismo literario contemplamos, en definitiva, tres posibilidades de organización, entre las cuales estamos en condiciones de asumir la segunda como propia en el momento presente:

- a De circuito cerrado (servicios de información y contacto entre sus miembros publicación mutua, autopromoción...). Sus más palpables riesgos serían el corporativismo y la desconexión social. Su primordial preocupación sería la cantidad de socios y la gestión de cuotas e ingresos. Más que alterar o cuestionar los diversos poderes culturales y políticos, intenta con ellos una alianza lo más firme posible.

- b De circuito abierto —puesta en contacto de la institución cultura con la cuestión social de base, participación del escritor en los fenómenos sociopolíticos y culturales de su entorno...—. Sus peligros pasan por el sectarismo político y la marginalidad ineficaz respecto a los núcleos de poder. Su principal objetivo es el diseño de un proyecto de acción conjunta. Procura poner en cuestión las dinámicas institucionales de poder cultural, político y económico desde posiciones críticas independientes y una perspectiva de militancia ideológica y práctica en colaboración con otras formaciones sociales.
- c *Sindical* (reivindicación de la dignidad del escritor en tanto profesional parte de un sistema económico de mercado: control sobre ediciones, derechos de autor, impuestos sobre el libro, PVP, ...). Admite una realización bajo la forma de asociación de escritores autónoma, sobre la premisa de concebir al escritor como profesión especialmente separada de otros trabajos y la posible consecuente insolidaridad con respecto a otras ramas de trabajadores, y una realización como asociación integrada en movimientos sindicales generales donde los escritores constituyan una rama más en un sindicato de trabajadores fundado en un proyecto político común.

60

De lo aquí expuesto en lo tocante a nuestra posición particular, para terminar, creemos que se deduce no tanto un modelo cultural vertical al que tenga que amoldarse la práctica como un proyecto horizontal de acción en continua revisión y auto-crítica, en continua gestación hacia el futuro. Si la revolución industrial desplazó el centro consciente de la sociedad desde la religión y la política a la economía, quizás en el mundo postindustrial e informatizado de la revolución tecnológica y de la descomposición del proletariado como clase —constatada por Marcuse, por Habermas y tantos otros— encontremos una renovada función crítica en las fuerzas características de la comunicación y la cultura, cuyo impulso revolucionario podría propiciar la transformación de y por otros órdenes de la realidad social.

Con todo, entendiendo por *revolución* una transformación radical y no violenta, de la sociedad actual, sería un error olvidar que constituimos una sociedad de múltiples piezas y sobre todo de múltiples relaciones, y que piezas y relaciones cambian rápidamente. El conocimiento de esta complejidad se nos ofrece requisito fundamental para una conducta y un ánimo mínimamente coherentes y mínimamente efectivos.

Es frecuente acabar con palabras de otros. No nos saldremos de la costumbre salvo en no conceder excesiva relevancia al tener por propio o por ajeno lo escrito en estas páginas. Es sabido que lo importante, en último término, no es tanto quien habla sino de lo que se habla y cómo. Para Josep Miralles, por ejemplo, «ningún modelo teórico puede prometer un camino seguro hacia un futuro justo y feliz como se pensaba cuando se creía conocer mejor las claves de los procesos históricos. Pero esto no quiere decir que la esperanza radical ya no tenga sentido; hay que distinguir el optimismo de la esperanza: el optimismo piensa que las cosas irán bien por sí mismas; la esperanza cree que vale la pena luchar por ciertos valores» (Miralles, 1993: 264).

*Coordinadora UEPV*

*Valencia, marzo de 1993 - octubre de 1996*